

TEOLOGÍA SISTEMÁTICA

JOSEPH RATZINGER, *El espíritu de la Liturgia. Una introducción*, Ediciones Cristiandad, Madrid 2001, 256 pp. ISBN: 84-7057-438-8.

No es la primera vez que J. Ratzinger se enfrenta al reto de profundizar en el tema de la liturgia. En este sentido, este libro puede ser considerado como una culminación de estudios anteriores del autor, tal y como señala Olegario González de Cardedal, quien firma la introducción a la edición española de esta obra.

Para entender el punto de partida de este breve pero denso análisis es necesario tener en cuenta la influencia de autores de la talla de Odo Casel y Romano Guardini. El título del libro es un claro homenaje a Este último y a su conocida obra *Sobre el espíritu de la Liturgia* (1918), que supuso el inicio del Movimiento Litúrgico en Alemania. El propio Ratzinger afirma que, en realidad, las tesis de Guardini no sólo no han perdido el vigor ni la hondura, sino que, en términos generales, pueden ser mantenidas en el mundo de hoy. Por ello, la intención fundamental del conocido Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe es «recuperar lo que Guardini había expuesto en una situación histórica completamente distinta, a finales de la Primera Guerra Mundial, y trasladarlo al contexto de nuestros planteamientos, esperanzas y peligros actuales».

Cuatro son las partes en las que ha estructurado este elaborado trabajo. La primera de ellas aborda directamente la cuestión de la esencia de la liturgia, tema central del libro que sirve de base y está presente en el resto de los apartados. En segundo lugar analiza el singular valor que en la liturgia adquieren el espacio (con mención especial para el templo, el altar y la reserva del Santísimo Sacramento) y el tiempo, ya que la liturgia vive en contemporaneidad con su fundamento: la muerte y Resurrección de Cristo. La tercera parte se detiene en subrayar la importancia del arte expresado de un modo particular a través de las imágenes (que tienen su fundamento en la Encarnación) y de la música (manifestación original de la oración de alabanza a Dios que se hace «cántico nuevo» y definitivo por la fe en la Resurrección del Señor). Ratzinger señala con pesar el olvido del arte no sólo en la vivencia de la fe cristiana sino en las sociedades modernas en general. Y por último, dedica el cuarto apartado a tratar de explicar la forma de la liturgia deteniéndose en el análisis del rito y en la importancia del cuerpo.

Todos los puntos destacados en cada uno de los capítulos están atravesados por tres ideas fundamentales: por un lado, la necesidad de rescatar la dimensión cósmica de la liturgia cristiana puesto que, como ya se entendió desde los orígenes, la verdadera ofrenda a Dios consiste en la unión del hombre y de la Creación con Él. Esta propuesta, una de las más interesantes del libro, que pretende poner de relieve la vinculación indisoluble entre Creación-Encarnación-Resurrección, no olvida que es la dimensión cósmica la que está sometida a la historia y no al contrario, pero subraya la importancia de recuperar esa mirada que deje entrever el único ciclo del ser. Este aspecto puede convertirse en un sugestivo punto de partida para el diálogo en-

tre las distintas religiones y para el contacto con una modernidad en alerta a causa del problema ecológico.

Una segunda idea, desarrollada en el capítulo tercero pero presente a lo largo de toda la obra, es la continuidad entre el Antiguo y Nuevo Testamento. La esencia de la liturgia no se puede encontrar prescindiendo de la unidad entre los dos Testamentos. Se hace imprescindible conocer nuestras raíces para comprender mejor el nuevo sentido que Jesús dio al culto, un sentido que ya estaba prefigurado en los textos que señalan el comienzo de la historia del culto: el sacrificio de Abraham (Gn 22) y la institución de la liturgia pascual (Ex 12).

En último lugar recorre las páginas de este libro la creciente preocupación del autor por los dos problemas más acuciantes que existen hoy y que afectan de modo particular a la celebración litúrgica: por un lado, la dificultad de conjugar la exigencia objetiva de las realidades cristianas con el hecho innegable y necesario de concretar la experiencia de la fe en formas históricas en las que el hombre se comprende y realiza; por otro, la necesidad de crear un sujeto capaz de celebrar. Ratzinger opta por hacer mayor hincapié en el imperativo y la urgencia de formar tanto a los laicos como a los sacerdotes para que puedan vivir la liturgia en profundidad sin caer en la arbitrariedad de una mal entendida «participación activa». En su opinión, se olvida con frecuencia que la liturgia, aún estando configurada por el hombre y su sensibilidad, «participa de la normativa propia de la forma fundamental de la fe cristiana. Su valor puede compararse al de las grandes profesiones de la fe de la Iglesia antigua. Al igual que éstas, también la liturgia ha ido madurando bajo la guía del Espíritu Santo (Jn 16,13)».

El problema, sin embargo, de dejar un espacio a la iniciativa del hombre, que el mismo Dios ha propiciado, queda todavía abierto y sin resolver. Porque el Dios que se nos ha revelado no es un Dios que nos da todo hecho sino que nos deja hacer y que, aun habiéndose dado totalmente en Cristo, todavía nos queda mucho por conocer y descubrir. A veces, aunque se entiende el sentido global, no es tan evidente por qué esos puntos que el autor escoge y no otros son los no susceptibles de cambio o por qué algunos elementos nuevos no pueden ser introducidos para enriquecer la liturgia (por ejemplo, la danza).

Un libro claro, fundamentado y contundente, escrito con rigor, que arroja luz sobre el sentido de la liturgia y algunos de sus elementos principales con el fin de rescatar la hondura de uno de los aspectos clave de la fe.—M.^a DOLORES L. GUZMÁN.

L. M.^a ARMENDÁRIZ, *Hombre y mundo a la luz del Creador*, Ediciones Cristiandad, Madrid 2001, 553 pp. ISBN: 84-7057-456-6.

En los últimos años y desde distintos sectores de la teología se están alzando voces a favor de una reflexión que subraye y sea capaz de transmitir tanto la importancia de la unidad existente entre el mundo, el hombre y el Dios Creador, como las consecuencias derivadas de la vinculación indisoluble entre creación y salvación. L. M.^a Armendáriz, profesor emérito de la Universidad de Teología de Deusto, se suma a esta corriente que trata de impulsar una visión menos fragmentaria y más in-